

El *kōan* de Albalucía Ángel: un camino hacia la escritura oculta

Yohainna Abdala-Mesa / University of Colorado Denver

Presento apartes de una conversación con Albalucía Ángel, una conversación iniciada en Bogotá el año 2002, que se materializó en entrevista en Barichara en 2007¹ y que aún no se ha concluido. En esta entrevista hablamos de sus últimas novelas, de su reencuentro con Colombia después de muchos años de exilio, de su vida de nómada y del gran viaje iniciático que ha marcado un cambio significativo en su existencia y en su obra, llevándola hacia lo que ella ha denominado ‘literatura visionaria.’ Un cambio por el que algunos la han vuelto a llamar ‘la desvirolada de Pereira’ lo que para Albalucía Ángel es motivo de alacridad. Su misión como escritora, creadora y ser humano a estas alturas trasciende el análisis de la crítica y de la industria editorial, en lo que puede observarse como un camino hacia la ampliación de conciencia y un viaje interno hacia el entendimiento de la humanidad.²

YA: Has dicho que escribes desde tu visión de caminante, yo creo que tu vida y obra están marcadas por esa metáfora del viaje, de un *altrove*. Me pregunto ¿Cómo sentiste que tenías que irte de tu casa? ¿Cómo decidiste tus caminos, cómo decidiste los itinerarios? ¿Cómo decidiste las distancias?

ALA: Yo nunca he decidido nada en mi vida, entonces esa parte de la historia es la más mágica, tal vez mi madre un día muy preocupada, muy angustiada, –sus abuelos fueron los pioneros de esa ciudad que se llama Pereira, sus ancestros la fundaron– se asustó con mi vida de Bogotá supuestamente tan escandalosa, según las malas lenguas y me dijo serísima: “si usted no cabe aquí, pues sepa y entienda que aquí cupimos todos los de mi familia, así que si a usted no le parece que cabe, bien pueda y se va”, y yo lo único que contesté fue: “sí señora.” Porque en mi raíz paísa, ya sabes... hay siempre que decir sí señora: y por supuesto me fui y nunca volví. Nunca. Me fui, entonces, eso fue en 1964, y mi familia quedó como paralizada. Sin poder decir mu. Agarré una guitarra, episodio que ya he contado varias veces, sin tener idea de tocarla, pues todo hay que aclararlo: pero cantaba. Porque la voz me la regalaron: los dioses y las diosas, me imagino... y me fui sin ayuda de nadie más que de ellos. Había trabajado en sitios diferentes, con el propósito de irme allende el mar... y finalmente con ese gran propósito, como una especie de promesa que me hice desde el siempre, zarpé en el *Donizetti*, desde Cartagena, y adiós. Y llegué a Barcelona. En realidad, yo no iba para Barcelona. Iba para Italia. Al desembarcar, supuestamente por unas pocas horas en Barcelona, me esperaba un tipo joven, que me dijo: “soy amigo de Juan Tomás de Salas. Me dice que te ataje aquí.” Juan estaba en Bogotá, yo salía con él, antes de aquella ‘fuga hacia la nada.’ Y allí, creo yo... fue cuando realmente me paró el Destino. Le pregunto al Capitán durante cuánto tiempo puedo usar el tiquete y me explicó que duraba seis

meses todavía. Bajé entonces todo mi equipaje y le cumplí la cita a ese destino. Y me quedé en España, sin saber que iba para España. Unos días después, me acordé de una amiga española que conocí en Bogotá. Cuando la logré contactar me contó que se casaba esa semana, en Sevilla. Pero nos logramos ver unos días en Madrid, y por el azar de los azares (cosa que no existe, obvio...) conocí a un ser extraordinario que era Pablo Runyan. Donde Pablo llegaba gente como Marisa Caballero, la gran actriz española del momento. Geraldine Chaplin con Carlos Saura, visitaban muy frecuentemente a Pablo, que era un panameño que se fue de marino y en Estados Unidos conoció a gente como Anaís Nin, por decirte algo sorprendente. A mí me atortolaba la gente que rodeaba a Pablo Runyan. Un ser maravilloso, te repito. Una noche de esas de tertulia muy mágica y salerosa, había una niña, que cantaba hermosísimo. Conversamos un rato, cantamos juntas, sí... cualquier ranchera, me supongo... y de pronto me dijo: “mi papá tenía que haber tenido una hija que eras tú.” Y su papá era un chileno casado con una cubana. Yo en ese momento me estaba encontrando por primera vez, con alguien que se había ‘fugado’ de la revolución de Fidel Castro. El padre de esta cubanita, era un gran amigo de Castro, pero finalmente no estuvo de acuerdo con el paredón.

Entonces caí en París. Porque Elsa Baeza, la cubanita de quien te hablo, me dijo: “vamos a visitar a mi papá: se va a caer de espaldas cuando te vea.” Y me repitió: “porque tú eres la hija que él hubiera querido tener.” Llegamos a París, en su carrito. Y es allí donde se produce mi encuentro con Alberto Baeza Flores. Él fue en una época secretario de Pablo Neruda. Me presta su máquina de escribir y me pide que le pase uno de sus artículos, y aprovechando el ‘aventón’ paso también en limpio algo que pienso mandar a *La Nueva Prensa*, que dirigía Alberto Zalamea, en esa época. Y que yo titulé: “Salón de Mayo en París” –era una retrospectiva de Picasso- y Baeza curioso, como siempre, lo lee y me comenta: “Eso es una buena crítica de Picasso, pero lo escribe una persona que tiene un muy buen pulso de escritora. Tú no vas a decirme que vas a ser crítica de arte.” Y le respondí, como si nada: “Pues sí Baeza, a eso vine.” Mentiras. Yo no había ido a nada en especial. Casi nunca llego a los sitios con un motivo específico, sólo cuando se me ha invitado a algún evento en especial, entonces sí. Se me dibuja un poco parte de el diseño. Sin embargo con motivo y todo definido, la aventura suele tener millones de ribetes. De cambios. Me ha fascinado siempre ese soplado de los vientos. Pues bien: te quiero decir que ese encuentro con ese hermoso ser, me cambió toda la vida. Baeza Flores me dice en París, en el 64: “niñita, niñita –así me llamó siempre- tome este lápiz y esta libretica y todo lo que vea a su alrededor lo anota.” Volví a Madrid, seis meses después llega a Madrid un tío de Barranquilla y me dice: “¿y usted qué hace aquí? según cuentas alegres, usted tenía que estar era

en Italia.” Y me paga el pasaje, me regala 500 dólares, con los que me pude comprar un Renault Dauphine de segunda mano, lo embarcamos, finalmente, rumbo a Italia, donde llegamos todos. Tío, familia de mi tío, y yo. Saliendo del hotel elegantísimo donde se me invita por dos días, en Roma, me encuentro en un bar de enfrente con Pilar Caballero, la prima de Luis Caballero. Departía alegremente un martini con una sobrina del embajador -que era Juan Lozano y Lozano- y me cuentan que hay un apartamento de una colombiana, disponible. Al día siguiente de mi llegada a Roma ya tenía apartamento que compartimos entre Pilar, la ‘Gorda’ Salcedo -que en esos días llegó de Bogotá y que era compañera de los Andes- y yo... Y así la vida se me iba conformando como por arte de birlibirloque ¿ves...? Yo veía de repente, que no me podía mover en ninguna dirección sin que los ángeles salieran a mi paso, de inmediato. Y disponían todo. Eso, lo tengo claro hoy. Ellos, guardianes del Destino, me cuidaban. Regulaban el paso. Lo alumbraban. ¿Sí o no...? ¡Era la magia, amiga...! La magia pura. Y así es: hasta hoy.

YA: Esos años en Europa en los que te ganaste la vida profesionalmente como cantante son parte de tu leyenda, convirtiéndose en una inspiración pero también casi en una maldición para tu carrera literaria, ¿cómo fue ese proceso?

ALA: Cuando llegué a Italia, pregunté: “¿y aquí, dónde se canta?”, y me dijeron: “en todas partes.” Latinoamérica era la ‘estrella del folclor’ en casi toda Europa, en los 60s. Me indican un sitio que se llamaba el Folk Studio. Mary Franco-Lao, lo llamaba la “cabaña del tíoTom”, porque lo dirigía un moreno que nos trataba como cobrándonos la cuenta. Y a lo mejor tenía razón, pero la paga que nos daba era más que miserable. Rafael Alberti, vivía en el piso superior al local del Folk Studio. Un día conozco a la traductora de Alberti, que está en el Folk Studio oyéndonos cantar a los latinoamericanos y me invita: “te quiero llevar donde Alberti.” Me presenta a Rafael Alberti y entre conversación y cantidos de ranchera, le digo que estoy escribiendo una novela, y de inmediato me quiere traducir. En realidad, estoy apenas comenzando *Los girasoles en invierno*. Donde Alberti conozco a Italo Calvino, y a grandes personajes de la época. La mujer de Alberti, María Teresa León, me dice: “Albalú, tienes que cantar en mi programa” -que era evidentemente revolucionario- y entonces yo le cantaba a María Teresa, de la resistencia quien tenía un programa en la radio italiana.

En el Folk Studio, canta Juan un muchacho de apellido Capra. Era un chileno, amigo de Violeta Parra, y cantaba a la manera de Violeta. Él me enseña la música de Violeta, hacíamos dúos en inéditos de Violeta Parra. No existían los problemas. Yo pagaba 20.000 liras por una habitación muy linda, en una casita donde vivía una noruega, en la zona de extramuros, como la llaman en Roma. O sea, fuera de la ciudad. Con un huerto cerrado, pájaros cantores, el paraíso, mejor dicho. 20.000 liras eran en esa época, 12 dólares al mes. pero el moreno nos daba 20 dólares, si acaso, a la semana. Nos hacía cantar una vez. Un día Harold Bradley, el moreno del que estamos hablando, me llevó a un sitio muy elegante. Aprovechó mi voz de latinoamericana, folclor que estaba muy de moda, ya te digo... y me ‘ofreció’ a la administración del Tokio Club, que queda en Vía Veneto. Un sitio plagado de embajadores y de gente muy rica, por demás. Ese detalle me triplicó el sueldo, como comprenderás. Luego un tipo me vio en la calle y me dijo: “la necesito porque usted es modelo”

y le dije que no, que por supuesto no lo era. Y un día el tipo de marras llegó hasta el Tokio Club con unos amigos y comenzó a hacer fotografías mías a lo loco. O sea, comenzaron... pero no las dejé publicar. En realidad, yo había hecho algunas fotografías para modelar pantalones, sólo una vez, en Roma: y eso ayudó a mejorar el alpiste, obvio. Porque en este momento en que lo veo, o te lo cuento, mejor dicho: comprendo que la aventura de un ser que está dispuesto a cualquier cosa ‘en el camino de la Vida’, es casi aquella “cita” de que nos habla Borges. Él dice, Borges: “todo encuentro al azar es una cita...” Y bien. A mí me parecía que nada oscuro me podía tocar, porque en esa feria había de todo, lo sabemos. Me propusieron lo que quiera. Desde cantar en la T.V. italiana. Un viaje a Grecia, todo pago ¡embárcate...! Como decían las costeñas amigas mías de carnaval. Cualquier cosa, muchacha. Y yo me dije siempre, siempre... te aseguro: a mí ‘eso’ no me sirve. Lo vi siempre muy claro. Y por supuesto que eso fue parte de lo que llamo ‘la protección angélica.’ Y es a partir de un sinfín de experiencias de ese tipo. O sea, de la aventura abierta al viento y a sus voces... que salió esa novelita *Los girasoles en invierno*... La historia de una chica “no formal”, como diría la Simona, que canta en un bar español de la Rue Monsieur Le Prince, en París, y a la que le pasan estas cosas. Y el personaje entonces se encuentra con ese mexicano, al que sin darme cuenta ‘bauticé’ José Luis. Luego salió por ahí, que yo era la amante de José Luis Cuevas. ¿Ahhh...? Ni idea, me dije. Y comenzaron las leyendas. Allí vi la dimensión, o la responsabilidad de ciertas palabrejas. Y Baeza insistiendo: “me muestras esas páginas.” Y yo tenía que religiosamente ir a mostrárselas, cada semana. Almorzábamos entonces sentados en cajas de Coca-Cola, en la *Maison* de Cuba. En compañía de Néstor Almendros, un cubano exilado, que quería hacer cine, y al que yo le pasaba las páginas del cine colombiano -que no existía entonces, por supuesto- y él comentaba, criticaba, en la revista que dirigía Germán Arciniegas, en París. En fin. Que un día Néstor, lejos muy lejos de estos almuerzos con Baeza, se ganó un Oscar en Hollywood por la fotografía excelsa, de la que siempre hacía gala. Te contaba que Baeza leía y más leía todas esas cuartillas encantadas, según él. A él todo le parecía divino. No exageres Baeza, decía yo. O te pones serio o no te muestro mis cuartillas. Él empezó a escribir poesía galáctica entonces, porque yo le hablaba de Bradbury y según él, era una fuente pura de belleza. Y en ese imaginario de lo intangible y lo tangible, Baeza y yo caímos en la nada. O mejor dicho: en aquel TODO imaginado del que habla el TAO y sus contornos. ¿Caímos...? Y quién lo va a saber a estas alturas de la vida... Esa respuesta está por darse.

YA: Durante ese primer periodo en Europa, regresaste al país en algunas ocasiones, sin embargo hay un momento en el que se produce una ruptura y decides partir para nunca más volver, ¿cómo surge ese autoexilio?

ALA: Yo vengo a Colombia cuando a mi madre se le declara un cáncer terminal, y allí me quedo un tiempo largo. En Pereira. Leyendo prensa, oyendo las noticias: estremecida de la realidad que entonces este país seguía viviendo sin que en el panorama, todavía, hubiera narcos ni paracos, ni ejércitos de jóvenes sicarios... Allí presencio la verdadera Historia de la Patria. Las vivo a veces, en carne ajena, por supuesto, y no puedo con eso... Hablo con gente campesina. Con gente de la calle. Es como si repitiera esa experiencia de *La pájara pinta*: investigar, vivirlo, caminar esos predios de grito y de silencio. Y la Historia es la

misma. Acallada. Vivida y soterrada. Sufrida por el pueblo, y nadie quiere oír. Rosa Melo, una campesina del Valle del Cauca, me cuenta historias increíbles. Me cuenta Rosa Melo ese episodio infame de las huelgas en Riopaila, que no sale en los periódicos. En otra época me voy a vivir a San Andrés un mes. Me prestan una casa, me encuentro de nuevo con Gonzalo Arango y empiezo a ver el país de nuevo. Y empiezo a visitar zonas perdidas. Y lo que en realidad pesaba y me marcaba era el dolor de esa Colombia. El duelo interno y el externo. La remoción de mis principios. De la conciencia de ser yo misma colombiana y vivir este país, en un momento intenso, doloroso, que ya, en los años 80s, está entrando en la anestesia. Cuando me voy la última vez -en el año 82- ya el fenómeno de Pablo Escobar es una realidad colombiana y la gente anda anestesiada. Feliz, parece. Nadando en plata, y allí digo: “nunca más.” Y en la escalera del avión, me saco las sandalias -imitando a Teresa de Ávila cuando sale de su pueblo- y repito como ella: “¡de esta villa, ni el polvo...!” Y en realidad, creo que no soy capaz de aguantar nunca más este dolor. Por todos aquellos que me tocó enterrar... Y por todos los que he enterrado, sin asistir a los entierros. Entonces llega Fernando Vallejo al país y asisto a una de sus conferencias. Y me doy cuenta de inmediato de que no sufre de anestesia como yo, tiene que gritar, como diría él mismo: “emberrinchado” porque le duele la patria. “Hijo de puta patria”, como la llama él. Entiendo la catarsis que no ha podido hacer, incluso a través de diez hermosos libros -incluyendo ese terrible *Desbarranadero*, que me mueve el piso. Escuchando a Fernando Vallejo, en ese momento, me movió no sólo el piso como me lo movieron sus novelas, sino que destrozaba el corazón. Y me puse a llorar, y más llorar. Fernando hablaba horrores de la Patria, horrores de la Iglesia, horrores de la vida, “la puta vida” decía él... y yo, como una dolorosa. Y la gente aplaudía, gritaba, se reía, se deshacía de la risa, y yo deshecha en llanto. Inmóvil. Oyendo esa querrela inmarcesible. Este dolor de un niño-viejo que en aquel escenario del Gimnasio Moderno, nos grita “emberrinchado”, diciendo y reclamando que “esta patria de miseria asquerosa, que se hunda. Y que se acabe”. Y aquella es una frase de otro Fernando, su maestro: Fernando González en *Viaje a pie*. “Que si se va a acabar... ¡que se acabe...!” Y la gente en delirio. Aplaude, digo. Ríe la audiencia como enloquecida. ¡Qué solle, hermano...! ¡Qué entierro de Joselito Carnavall!, diría yo, en ese momento. Y Fernando es la víctima. Y a lo mejor el victimario, de toda aquella fiesta, que yo no entiendo. No. Pero comprendo entonces, que él tiene amor de Patria. O sea, dolor. ¿Me entiendes...? Es una víctima absoluta de ese dolor de patria, y quizá, como yo, en ese, instante de gloria: en ese estrado donde la gente goza el espectáculo, Fernando, el escritor, llora por dentro. Yo lo se...

YA: Volvamos entonces a la literatura porque es cierto que tu persona y tu historia a veces le roban terreno a tu escritura, a pesar de que tú estás ahí en tu escritura, ¿no es cierto?

ALA: Ahí está, yo salí ‘infundida’ de mi escritura. ¿Se podrá decir esa palabra...? Yo estoy ahora inmersa en la escritura porque Jorge Zalamea Borda me dijo: “escribe como hablas.” A mí me decía la gente en Italia: “¿oiga usted escribe como canta?” Y yo respondía: “No, yo aprendí a los dos años a cantar, y empecé a aprender a escribir a los veinte.” Y hace poco me lo volvieron a preguntar y respondí sin titubear: “yo escribo como canto, ahora sí.” Y dejé de cantar. Cuando yo cantaba, en esa época, la gente

me decía: “¡no puede ser!, ¿usted por qué va a ser escritora?” Yo hubiera sido una cantante muy exitosa. Carmen Balcells me dijo: “usted es como imbécil, yo quiero ser su Agente,” le dije: “ya lo es” y respondió: “no, usted no es escritora, eso que usted escribe es una porquería feminista” -en realidad, usó otras palabras en su idioma catalán, *non sanctas*. Y pasemos la página. “Usted es cantante,” sentenció. Y fue el final. Carmen Balcells no fue más mi Agente Literario, a partir de ese momento.

YA: Se podría pensar que el largo periodo de tu autoexilio tiene también una consecuencia literaria, si en el 82 decides no volver nunca más y en el 84 publicas *Las Andariegas*³ en donde definitivamente hay una evolución en tu escritura, ¿crees que ahí hubo un punto de quiebre?

ALA: Es un punto de quiebre. A partir de *Las Andariegas*, yo estoy proponiendo un universo muy diferente con una mirada muy distinta y vienen mujeres de otro mundo a ver esto con otra proyección. Entonces ya no tenía más. Se me había agotado el centro de experiencia totalmente, hasta que llego a las galaxias y ¿qué hago? pues describo el mundo. No hay más remedio que devolverme al universo y llegar al universo. No te olvides que estoy en Londres y que ya estoy en una práctica muy fuerte de Yoga. Y cuando digo Yoga, no es la gimnasia: ya estoy entrando en mí misma. Por eso llego al silencio absoluto y a la identificación con *Las Andariegas*, hay que escribir qué es este universo y contarlo a la manera ¿de quién? A nuestra manera, con la mirada de la mujer, ya viene mi feminismo a tener esa gran expansión y llegué al tope del feminismo: que es la mirada de la mujer, mirando el universo que es masculino y que está contado mal. O sea, ellas no están de acuerdo con esos parámetros. Con esa visión de ‘tuerto’. De ‘rey’ del universo... Y allí me silencio totalmente. Yo no pensé jamás, que iba a volver a escribir.

YA: A eso quería ir: precisamente después de *Las Andariegas* entras en un largo periodo en el que dejaste de escribir novelas, ¿dirías que en esos momentos tu escritura se centra más en ese proceso de ampliación de conciencia?

ALA: Allí en ese periodo llega la escritura ‘infusa’, a mano. De nuevo con cuadernitos, como aquellos que leía Baeza Flores. Escribía con un lápiz de colores y ya no tenía un compromiso con la literatura. Nunca más, me dije. Esos cuadernos eran una ‘información’ que yo tenía que dejar escrita. Porque tarde o temprano ‘eso’ tiene que leerlo alguien, gente muy nueva, creo. Y eso implica un compromiso mayor que la literatura de Albalucía Ángel. Escribí casi todo en Creta, con 50 grados de temperatura. También escribí en Asís y en Noruega, pero en Creta escribí los más importantes.

Ahí crecí como escritora atemporal. En ese periodo de escritura, ese lenguaje esotérico crece y nace allí, o sea, se me reactiva. Digámoslo en esotérico, se me reactiva ese *kōan*⁴, esa manera de expresar algo. Y yo me decía: ¿cómo se expresa esto en literatura? De ahí surgen los *Diálogos con la Rosa* y ahí me regalaron el lenguaje *kōan* para poder escribir estas otras novelas. Esto me hizo crecer: yo me aferré no a la literatura sino a la vida, y cada libro me servía para mantenerme viva. Sin embargo estuve veinte años ‘sin escribir’ porque escribía los cuadernos y no tenía ningún afán. Yo sabía que mis cuadernos eran un abecedario de la A y tenía que llegar a la Z, entonces llegué a la T y ya estaba

recargada, me imagino, con tanta información. Y suspendí un tiempo muy largo. Pero me dije: “¡No importa!” Allí no me afané en absoluto en acudir a un editor, porque quiero que en un futuro, esos Cuadernos sean regalados a los lectores. Yo me sueño con regalar mis libros. Aunque ya los regalé, en cierta manera. En Estados Unidos y en Europa se puede sacar fotocopias de mi obra, yo firmé autorizaciones para eso.

YA: Cuando hace algunos años tuve acceso a algunas copias de tus cuadernos, me sorprendió el hecho de que los firmaras con un nombre distinto: Arathía Maitreya, ¿me puedes explicar un poco como funciona este proceso?

ALA: Eso ya está hecho. Los 28 cuadernos están firmados así y yo misma puse en una introducción: Arathía Maitreya es Albalucía Ángel, la escritora colombiana: para que el día de mañana, si esos cuadernos se publican, eso quede claro. Y quiero que el público literario del mundo, sepa que Albalucía Ángel es eso, y que Albalucía Ángel se integra a esa energía. Eso, ya está decidido. Está escrito.

YA: Tu itinerario te ha llevado a una la búsqueda de esa energía, de esos centros de poder alrededor del mundo, ¿como explicas esa necesidad de seguir andando? ¿Esa búsqueda geográfica?

ALA: Allí llega la parte chamánica. En Creta me enfrento a las pruebas más fuertes de la energía de Arathía Maitreya. Estoy en la tierra del minotauro y vivo a tres kilómetros del palacio de Minos y en una cueva minoica la que sostiene mi casa. La gente viene a curiosear aquellas ruinas. No sufro realmente de la alta temperatura, porque la mitad de mi casa está protegida por la cueva. No vivo en Heraclion, vivo en Hagia Irini que quiere decir Santa Paz, y me paso nueve meses recogiendo piedras y reconstruyo el pozo minoico que está en las cercanías de mi casa. Me encuentro aquellas piedras, poco a poco, y las voy encajando. Todo lo limpio. La tierra. La maleza. Un acto de limpieza físico y no quiero mirones en mi territorio. Allí me toca la Historia, con mayúscula. Yo sí soy una historiadora absoluta de nacimiento. Allí viene la historia del arte y la historia de la filosofía. En los Andes yo tuve a Indalecio Liévano de profesor -a mí no se me va a olvidar jamás la historia de Colombia de Indalecio Liévano, yo estaba en el nirvana- o a Tito De Zubiría hablando de Dante, que era como una colección del tope de la Historia.

De ahí viene la parte geográfica. Llego a Creta y me doy cuenta de la energía chamánica que estoy modelando y que estoy recibiendo. Con una temperatura de 50 grados se muere mucha gente en Atenas, antes había nevado, cosa que nunca había pasado, entonces allí siento las fuerzas telúricas. Cuando viví en Asís, me empieza a entrar una admiración inusitada por los árboles: encuentro al roble y empiezo a ver la fuerza de la rosa. Pasé siete años metida en bosques y allí ‘penetra’ profundamente ese conocimiento de la Naturaleza. Porque nunca leí chamanismo, ni siquiera me gustaba. Ese chamanismo clásico de los que entonces se llamaban ‘brujos’, me supongo. Y te hago un paréntesis. En ese tiempo de Asís, cuando comencé a realizar el poder y el verdadero significado de la UNIÓN REAL del ser humano con la Tierra TODA. Comenzó de repente a llegarme gente, y lo más curioso es que sin yo adelantar palabra –estuve en silencio por dos años en ese período- todos y todas me preguntaban que si yo era

alumna de Castañeda, -que entre otras cosas siempre me pareció ‘un ladrón de gallinas’, esotéricamente hablando. Y comienzo a entender dónde estoy. Por qué Asís. Y por qué esa montaña. Porque luego me voy con Asís en el corazón y con la montaña del Subasio llego a Arunachala, India, que encarna a Shiva, -según la filosofía hindú- que es la fuerza pura. Y sé que yo vengo de Asís con la montaña de Francisco ‘a cuestras’ y se la entrego a Shiva: que es el ‘destructor.’ Y se realiza una especie de boda entre armonía franciscana y el Destructor –que volverá a hacer ‘renacer de las cenizas’- y tengo la convicción de que yo estoy concatenando esas dos energías. Que las estoy cruzando. Allí tengo la confianza de que yo estoy moviendo energías, como todos los chamanes lo dicen, desde mi cuerpo y desde mi interior. Viajo a Noruega, voy hasta Rusia, estoy en Finlandia y sé que estoy haciendo un trabajo chamánico, sin saber, en realidad qué es un ‘chamán.’ Entiendo las fuerzas esotéricas y voy a la India como último grado. O sea, creo que allí tengo que pasar por una prueba que me ha de otorgar un ‘diploma’, digamos. Llego a Auroville y me doy cuenta de que estoy preparada física, moral, anímica y psíquicamente para recibir algo interno que me deja un ser humano que se llamó Sri Aurobindo: alguien que tiene una filosofía que no es fácil de comprender y a quien la practica no le queda más remedio que aferrarse a lo que él llamaba “el cuerpo supramental”.

Mi viaje a la India implicó recibir, sin intelecto, una fuerza intelectual ponderada y magnificada para poder leer a estos niños: a los que Sri Aurobindo se refería como la raza que está llegando. O en palabras de La Madre –su compañera en el Yoga Integral- LA NUEVA CREACIÓN. Y llego a Colombia entonces, preparada para entender psíquicamente, más allá de propuestas psicoanalíticas, qué son estos muchachos. Sin eso, no hubiera podido volver a Colombia.

YA: Hablemos de tu trilogía del nuevo milenio: *Tierra de nadie, No hay mariposas en el bosque y El regreso a la montaña*⁵, ¿qué hay en ellas de tu mundo colombiano y de tus años de itinerancia?

ALA: La trilogía la empecé en Virginia y la acabé en la India, las tres novelas tienen más de 400 páginas cada una, y son el resto de la aventura de mi vida. Todo ello dentro del esoterismo. Esta razón nueva, mejor dicho, que me impulsa. Y todo ese conocimiento que se me ha dado, unida a la historia de Colombia. Al propósito de Conciencia, que se podría llamar igualmente, ‘político’.

Tierra de nadie es meramente galáctica, como *Las Andariegas*. Sin embargo, en *Tierra de nadie* están todos los paisajes. Está Noruega. Está todo. Está Australia, allí está verdaderamente todo mi viaje. *Tierra de nadie* es mi autobiografía, y están los paisajes de la India, mi vida trascendental en la India, las caminatas detrás de los gurús, sin añadirme a nada ni a nadie, eso está claro. También ves a Australia: con sus desiertos, y su ‘sueño aborigen’. Allí sí están todos los paisajes, en este libro intenso y libre de prejuicios. Históricos o santos. Tabúes y profanos.

Soy yo, no más. Con mi Conciencia Nueva a cuestras. ¡Y sálvese quien pueda...!

No hay mariposas en el bosque es colombiana, con intercalaciones de algo galáctico: allí están los episodios vergonzosos, callados y acallados; están las bombas del barrio del Cartucho, los niños en las calles. Y ahí toco algo que antes nunca toqué: que es Escobar, ‘el mago de Oz’. Y hay un capítulo

dedicado a Luis Carlos Galán. Y allí, igualmente, me sumerjo en algo que no creí jamás que me iba a sumergir, que es esa historia de los mafiosos y de los asesinatos a mansalva y sobreeseguro. Personalmente creo que es una novela muy fuerte. Y me doy cuenta, así mismo, de que es muy fuerte lo que estoy diciendo.

Y la última novela de la trilogía, que es *Regreso a la montaña*, es la muerte. Y yo diría que es completamente colombiana de nuevo. Es como si revisaras a *La pájara pinta*: porque regreso a mi compromiso con una infancia que no había contado. En ella hablo de esa niña que está más pequeña, es una historia de por qué aprendí a leer, del amor por los libros, de mi otra abuela, porque en *La pájara pinta* está mi abuela paterna y en *Misiá Señora* aparece en el último segmento “Los dueños del Silencio” la abuela materna, que es la Mariana grande. Que es la viuda, abusada y despojada de su herencia por los hijastros. La que lleva igualmente ese honorable título de ‘desvirolada’. A mucha honra, digo yo. El *Regreso a la montaña* es mi llegada a la muerte. Yo subo y sigo subiendo esa montaña, mientras sostengo un diálogo con alguien. Ese alguien me contradice. Me anima. Me recuerda archivos escondidos, pues yo los transfiguro. Los remiendo. Y ella no me perdona. Insiste y vuelve al punto donde quizá me duele más. O la herida se agranda y hay que dejar la cicatriz: no aquella llaga abierta. Ese, es el punto clave. La memoria que en ese cruce, habla. Y jamás transa. No lo olvides. Ese es el puente, donde tu Ser revienta, añade, deja atrás. Y hay que ofrecerle todo a aquella Tierra, que estás abandonando. Y ojalá que tu alma ya esté sana, porque de lo contrario te atrancas en lo que llaman Purgatorio. El Purgatorio es esto, yo lo se. Ese cruce es mi vida del momento. Siento que ya... Que el tiempo de regreso está muy cerca.

Y: ¿Y tú crees que esa evolución personal hacia ese mundo esotérico y la ampliación de conciencia te ha llevado a un cambio esencial en tu forma de escribir?

A: No creo, pero de todas maneras el secreto se develó casi todo cuando escribí *Tierra de nadie*. Escribí esa novela sin que hubiera mente de por medio. Yo lo llamo ‘infusión’, no es escritura automática, insisto. Un primo me había regalado una computadora dinosauria y me dije: será que hay que hacer algo acá. Y entonces comencé a pasar en esa computadora todos los cuadernitos que había escrito, ¡ah pues qué maravilla! Descubrí el agua tibia, por supuesto. Una computadora donde no hay que borrar con borrador ni tachar, ¡carambolas... qué invento...! y pasando los veintiocho cuadernitos me renació esta onda, de Arathía Maitreya. Como quien dice, ese mismo lenguaje. Esa misma manera: esa escritura ‘infusa.’ Y en esos días comienzan a matarse entre ellos los niños en las escuelas en Estados Unidos, y llega Columbine, ese episodio que finalmente pasa las fronteras y todo el mundo se da cuenta, digo yo... de que los niños ya no pueden más. Espero, te repito. Pues en la T.V. de Estados Unidos se abre un diálogo de más de siete meses, tratan... yo se. Pero no pueden, pues nadie acepta la responsabilidad. Se tiran esa culpa los unos a los otros. Fue algo vergonzoso. Mejor dicho: una falta absoluta de conciencia. Y un día, así nomás, de la manera más inesperada me pongo enfrente de esa computadora y mi intención es continuar transcribiendo los Cuadernos de Arathía Maitreya, pero para mi propia sorpresa comienzo a diseñar una novela. Y a escribir y a escribir, utilizando el mismo proceso de Arathía Maitreya. Un *kōan*. Un solo aliento. Y es sólo el corazón, que pulsa y dice sin parar. No pensamiento, es cierto. Pero la mente quieta recibe esos

impactos, lo se... lo siento en otra parte, que no son las entrañas esta vez. Según mi punto de vista, es el amor perdido y recobrado. Es el dolor eterno que insistimos en vivir, cuando en la realidad “eso, no existe” como diría el Buda. Pero mi Ser no siente ya el martirio, la muerte de los seres. La Realidad perdida, ¿ves...? Sólo encuentra el Amor, con gran mayúscula. Y esos seres galácticos, que vuelven a la Tierra (Juana María Cordones-Cook me había pedido varias veces: “haz regresar las Andariegas, nos hacen mucha falta”) siembran de nuevo algo. Y dejan esa huella. Amor del Absoluto. Pues vienen igualmente a desarmar la trampa de aquel amor vital en que quedamos atrapados. Es largo, ya lo se. Pero los niños de hoy en día nos traen esa ofrenda. Ya lo veremos. No está tan lejos ese día en que podamos recibir. Y conocer de nuevo, ese por qué de aquella intrínquis sagrada. El Nuevo Paradigma es ya una realidad. Esa es mi percepción. Y de allí en adelante, las otras dos novelas de lo que llamo Trilogía, porque no pueden separarse, han sido elaboradas con el proceso de lo que Sri Aurobindo llama Cuerpo Supramental. La escritora de antes, está allí. Albalucía Ángel no desaparece para darle lugar a ‘alguien más’. Es simplemente que mi Esencia está en otro circuito. En otra frecuencia de sintonía. Otro escalón, diría yo. O a lo mejor pues no... es sólo ese regreso a los orígenes. A la Conciencia Universal. Es la mejor manera de describirlo, la escritura no cambia, el pulso de escritora que ha hecho esa carrera por casi cuarenta años, sigue tecleando las palabras en el mejor de los intentos. ¿Un castellano ecléctico...? No se. Pero es tan increíble ese proceso ahora, que en vez escribir una novela durante cinco años, la he escrito y revisado en cuatro meses. Es un solo fluido: esa es la gran diferencia, ¿por qué? Porque no hay una coma, ni un punto corregidos en todas esas páginas. Porque no hay marcha atrás: confío ciegamente en ese Ser que me describe, me ‘escribe’: no me dicta, no. Me ES, en otro estrato. Y aquellos que reciben y que ahora en esta Era llaman canalizar pueden tener alguna idea de lo que digo. Mi caso es diferente, te repito: no canalizo. SOY. Y no te vayas a sacar la cresta, como diría mi queridísima y nunca bien ponderada Gabriela Mora. Que cuando leyó *Tierra de Nadie*, me comentó: “chica, yo no entiendo esas cosas... pero confío en ti. A lo mejor un día puedo entrar en ese tema...” Gabriela ha entendido mi escritura como nadie. Ella sembró y abrió camino a mi escritura. Sin Gabriela Mora, yo estaría más o menos como *La amortajada*, de María Luisa Bombal. Créeme. Mi agradecimiento como escritora y como amiga incondicional hacia ella será imperecedero. Y te quiero contar algo bastante raro en mi escritura, salvo en algunos cuentos de *Oh Gloria Inmarcesible*, donde sí existen narradores masculinos, en la segunda novela de mi Trilogía, *No hay mariposas en el bosque*, el narrador omnisciente es un hombre. Y por primera vez en mi existencia quedo patidifusa, mejor dicho. ¡Vaya...! Qué reto para las feministas. Y me causa bastante risa, lo confieso. Pero no hay marcha atrás. Estoy bastante sorprendida y quiero ver cómo es que cruzo ahora esta barrera inesperada. Todo este laberinto, donde es el hombre el que se apodera de mi texto. Y comprendo muy bien que ahora es ‘la mirada’ del hombre hacia el aspecto femenino. Porque él describe la mujer. Y es Arathía, que en un juego de espejos aparece y se desaparece, cuando aquel hombre menos piensa. Ese ser masculino, que en realidad soy yo... ya lo sabemos. Por la primera vez, soy omnisciente y muy consciente de ese traslado de mi conciencia. Digamos que ahora encarno el ‘anima y el animus’ (Jung dixit) y aquel hombre me intriga, pues todo hay que decirlo. Jamás en mi aventura de escribana se me ocurrió escribir como hombre:

siempre le pregunté a Cristina Peri Rossi qué cuándo iba a escribir como mujer. Y Cristina ni tan siquiera respondió, yo creo, a tanta chilindrina. Me acuerdo que cuando yo insistía en demarcarnos de la escritura masculina o la llamada ahora ‘escritura de género’, pensaba mucho en esa gran maestra: Virginia Woolf, que siempre aseguró que la literatura no tiene género. Y sí. Si tiene. Ahora lo se. Sólo que ahora entiendo que nuestro ser andrógino tiene que validar las dos polaridades. La masculina y su ‘compuesto’, llamado femenino. Y valga la expresión para anotar también que todo es válido en el campo de la batalla femenina. Somos esto o aquello, y por ahora, en estos tiempos que ya tocan a su fin, lo creo firmemente. Nuestro rol principal fue de ‘guerreras’. Las Amazonas, nuevamente. Eso, lo pongo de relieve en mi novela de *Las Andariegas* donde el ‘espíritu femenino’ contiene más esa visión de la ternura y la contienda está en el corazón, ellas se integran a la Tierra de distinta manera. Es la Conciencia Nueva. Es Gaia que recibe. Es ese Espíritu encarnado en la Fuerza de la Madre. No es religioso, no. Diría que es todo lo contrario. Porque es el Rito obligatorio. El Cambio Elemental. Espero que me sigas... No te quiero enredar: sigamos con mi cuento. En la novela *No hay mariposas en el bosque*, integro esa parte de la mujer galáctica Arathía, y aparece de nuevo ese elemento de *Tierra de nadie* que por supuesto se vuelve ya inherente a mi escritura. Digamos que se llama la ‘Conciencia galáctica.’ Niños y niñas llegando de galaxias. Mujeres que hablan en un tono que Helena Araújo calificara un día como “ciencia ficción y cuentos para niños,” y la cito de memoria: no me acuerdo muy bien de los términos exactos, pero es algo que resuena en esa onda. Personalmente me gusta calificarlo más como ‘literatura visionaria.’ Pues no es ciencia ficción. Soy totalmente consciente de que hay un lenguaje nuevo en esas tres novelas, que viene a ser el lenguaje de mis Cuadernos de Arathía Maitreya. Evidentemente sí es un lenguaje que implica un cambio en la lectura. En la ‘mirada’: que ya no es bizca, es evidente. Lenguaje, por demás, que cruza lo esotérico y que aterriza en esta Tierra, que ya no es la de ‘Nadie,’ sino que admite a nuevos seres que traen las albricias del cambio del universo. Y me aproximo a lo que entonces se llamó ‘La Visión de seres muy antiguos. Los Mayas,’ por ejemplo. Y tantos otros pueblos que en su Cosmogonía se unen al futuro, que por demás... no existe. El futuro es AHORA. Vivimos en la trampa de un tiempo lineal, pero eso es otra historia. El ‘siglo de oro’ de los griegos, también nos lo anunció. En toda mi escritura tú puedes encontrar lenguaje popular, lenguaje culto y también lenguaje oculto. Sólo que ahora el último se hace más visible. El oculto es lo que llamo el *kōan* de la literatura.

YA: ¿Y en cuál de las tres novelas crees que existe una mayor exploración autobiográfica?

ALA: Mi obra en general es más autobiográfica de lo que nadie se podría imaginar: según parece, soy buena para el camuflaje. En realidad, soy muy autobiográfica. Considero que *Tierra de nadie* es en gran parte una autobiografía. Quien me conoce un poco, podrá entrever sin duda alguna, a Albalucía Ángel en vivo y en directo, en los capítulos ‘terricolas’, que serían por ejemplo, aventura en París. O la ‘desvirolada’ que decide embarcarse en ‘El Sueño’ de los aborígenes en Australia. Eso, es mucho más real de lo que un crítico literario se podría imaginar, o un lector corriente, incluso. También hay mucho de autobiografía en la parte esotérica, donde yo soy una mujer galáctica, integralmente hablando. Esta novela es la experiencia interna de las cosas que

yo he percibido que han sido vividas en mi esencia, digamos, y transcritas allí. En las últimas dos novelas cuyo epicentro vuelve a ser colombiano, de nuevo aparecen mis vivencias personales, pero creo que es en *Tierra de nadie* está plasmada lo que se consideraría como mi ‘evolución’.

YA: ¿Entonces en esta trilogía se puede afirmar que existe un componente político, que se mantiene el compromiso histórico de tu obra anterior?

ALA: Evidentemente, existe un componente político. En *No hay mariposas en el bosque*, vuelvo a hacer, lo que aseguraba un profesor de Alejandra Jaramillo en Tulane, que yo había hecho en *La pájara pinta*: “el gran duelo por Colombia.” De repente, *No hay mariposas en el bosque*, treinta años después, vuelve a ser la otra cara de la moneda, o sea, el ‘otro lado del espejo.’ Y es un duelo distinto, sin embargo. Porque yo no estaba en Colombia cuando sucedió lo de Pablo Escobar y su gente y su guerra sangrienta y maloliente. Y aquí, en *No hay mariposas en el bosque* te encuentras a los niños sicarios, quienes son los que me cuentan su historia. Son los niños de entonces, drogados, los mafiositos traquetos con los que yo hablo casi veinte años después. Y se me estremece el alma como nunca, y ese dolor de patria me revuelca de nuevo y vuelvo a hacer el duelo: porque a estos niños los convertimos nosotros en eso. La sociedad de mi país no los defiende, ni los protege nadie, aparte de sus ángeles guardianes, mustios por cierto: alicaídos... y mi duelo se convierte en una historia interna, que es personal y múltiple, que carga en ello y multiplica todas las facetas del mundo en que yo vivo. O sea, mi identidad de caminante de todos los caminos.

YA: Algunos han catalogado tu obra última como *New Age*, ¿qué piensas tú de esta clasificación?

ALA: El *New Age* es un mercado, desgraciadamente desde el primer momento me di cuenta de ello. Desde los 60, me alejé mucho de ese baratillo ambulante que ofrecía a diestra y a siniestra nirvanas y milagros. Y en realidad, aquella *hippie* que yo fui -y sigo siendo, intensamente, en el fondo de mi ser- no les compró toda la mercancía. Me guardé mucho de caer en esos espejismos. Nunca fui *hippie* del todo -jamás me he convertido a nada del todo- porque entendí de manera bastante precoz, que el *New Age* era una cuerda floja. Yo sí creo que ha habido visionarios en esos territorios. Hablemos de John Lennon: él vino a constatar en un lenguaje directo y muy profundo lo que la sociedad de aquellos tiempos andaba maquinando, y no se lo bebió. No tragó entero, mejor dicho. En ese sentido, la música fue la primera gran transmisora de ese lenguaje con claves diferentes. Pero esos códigos no se han podido abrir a la velocidad que se quisiera, en la palabra escrita. Y es por eso que todavía se califica a la literatura del momento como *New Age*. O como ciencia ficción, en el peor de los casos. Considero, obvio, que ha habido pioneros de lo que ahora comenzaría a ser, masivamente, un movimiento de Conciencia Avanzada. Considero un visionario, lo he dicho siempre, a Gonzalo Arango, un gran Profeta, en realidad. Le acaban de hacer unos homenajes a los que por supuesto me negué a asistir: porque no se dice nada de lo que Gonzalo fue en realidad; él con todas sus controversias vino a este mundo tal y cual como me pronosticó a mí ese ser primordial en mi existencia, Alberto Baeza Flores: “Niñita, niñita...” me advirtió: “tienes que aguantar mucho, porque llegaste a este planeta treinta años antes de tiempo.”

¿Y cómo se da ese proceso de asumir un retorno a Colombia después de tantos años de exilio?

ALA: Yo sí me fui por dolor auténtico del Ser. No tengo duda de ello. Llegó un momento en que aquella matazón y aquella sinrazón en que el país andaba, no me dejaba ver los bosques ni los pájaros. Y no es una metáfora. Todo se fue como desapareciendo, se fue volviendo gris. No oía ni veía sino los ríos de sangre, que contaban corría por todos los territorios colombianos. Ya lo he contado mucho. De pequeña se me prohibió leer primeras planas de periódicos. Y por supuesto siempre fui alguien muy precoz, pero al volver me he dado cuenta de que todavía la gente de hoy en día no quiere ver ese espectáculo, asistir al destape de esas fosas comunes, ni quiere oír los gritos de las víctimas. Y es por comodidad. Por ignorancia, no. Porque la tierra clama, aquí. Pero es mejor ser sordos. Ciegos. Mudos. Yo tengo un alma múltiple, no hay duda Todo en mí ve. Y no es que yo sienta ahora, porque mi cuerpo yógico no siente. Ya estas lágrimas no son mías, son de un cuerpo que está llorando, si se me permite esa figura, pues en mi Centro, que es esta vez el Corazón, yo ya estoy sana, equilibrada, armoniosa. Eso, me permitió regresar.

YA: ¿Y cómo te afecta el reconocimiento a partir del momento en que regresaste a Colombia? ¿Cómo vives estos homenajes y todo este intercambio con la gente?

ALA: Bueno, llegué a Colombia en secreto y Betty Osorio -a quien conocí siempre, en secreto, porque nunca le había visto la cara a ella o a su grupo- al encontrarnos por primera vez, en Bogotá, me invita: “vamos a los Andes, habla. Vamos a la Javeriana, tienes que hablar, Albalú.” Y me siento motivada. Al principio no quería, pero me digo: “pues sí, voy a hablarle a los niños” y allí me siento inspirada por una sola cosa: hablarle a la gente joven. No hay ninguna otra cosa que me arrastre tanto como eso. Y entonces acepté. Fue maravilloso en la Javeriana, me gustó mucho que supieran quién era yo, en profundidad como escritora, había una cosa seria, modulada con afecto, fue una sorpresa pues a mí no me llegaba casi nada de Colombia, veinte años por fuera sin ver a nadie.

Betty Osorio se había comunicado conmigo telefónicamente y así me encuentro también por teléfono con sus amigas y me mandan a Noruega el libro que han producido en esos últimos años y veo semejante título, de entrada: *Literatura y diferencia*. Me pareció maravilloso. Me comunico con Helena Araújo por teléfono a Suiza y le digo: “Helena acabo de leer esto, ¿qué te parece?” y empieza de nuevo mi diálogo con Helena, que estaba muy interrumpido y me parece que entonces la labor de las mujeres colombianas en lo que llaman ahora género fue prodigiosa, inteligente y articulada. Me vuelvo como a unir con Colombia anímicamente, gracias a eso y por supuesto, me siento muy gratificada. Ellas me vuelven a invitar cuando hago una especie de ‘reaparición’ en el mundo y no puedo decir que no, porque me doy cuenta de que todas ellas me han dedicado muchísimos artículos críticos.

Hace años Ricardo Cano Gaviria escribió un artículo espléndido sobre *Misiá Señora*. Y fue el primer hombre que lo hizo, aparte de los españoles, que fueron muy generosos con *Misiá señora*. A Ricardo lo conocí un día en el que Gabo, en su casa, me pidió: “Vas mañana para Madrid, así que me llevas este muchacho” y yo me fui al volante de ‘Pierrot’ –un Mini

Morris- con Ricardo Cano Gaviria. Nos demoramos un día para llegar a Madrid, calcula lo que hablamos. Ese muchacho entendió hasta el mismo tuétano la verdadera historia de *Misiá señora*, cosa que hasta ese momento la crítica no había siquiera avizorado. Él habló de los códigos secretos. De los silencios a los gritos -Bergman dixit- de la mentira entre verdades. Quedé impresionada e impactada por tanta seriedad y sentí entonces un compromiso triple con esa clase de lectores. Allí medí realmente, la dimensión en que la crítica en Colombia me había situado hasta el momento. Yo era ese personaje que ellos querían que fuera: un ser exótico y excéntrico, un ser de papelillo, entre la farándula, la locura y la brujería.

Luego, a mi regreso, ya tomé muy en serio la generosidad con la que los críticos nuevos, que eran en su mayoría mujeres, me estaban tratando. Aparece Cristo Figueroa hablando de *La pájara pinta* e Isaías Peña Gutiérrez considerándome como una verdadera escritora y me digo: por Dios, no me lo creo. Tenía en mi memoria, una especie de vacío de quince o más años, de cosas muy oscuras y muy revueltas sobre mi personalidad, o mi escritura, y me encuentro con una Colombia que me está diciendo que sí quiere que yo hable.

En un homenaje que organizó el Secretariado para la Mujer, en 2006, donde también se hace un encuentro de escritoras habló un señor –que no supe quién era- y dijo: “¡qué bueno que Albalucía Ángel por fin se reconcilió con Colombia,” y se levanta Oscar Osorio y le revira: “yo quiero aclarar, ¡qué bueno que Colombia se acaba de reconciliar con Albalucía Ángel!” Esa era la medida de quién se había peleado con quién, en realidad. Lo que hizo simbólicamente Oscar Osorio, profesor de Literatura en la Universidad del Valle, me da la medida del nuevo compromiso con mi país y con la juventud, que apenas se está abriendo a estas dimensiones de conciencia. En ese momento en que acepto ese homenaje: en realidad, sólo para tener la oportunidad de hablarle a la nueva generación –cosa que no se pudo, pues no hubo *forum*- me doy cuenta, igualmente, que los críticos/as han hecho un trabajo intenso sobre mi obra. Respetuoso, además de sutilmente objetivo. Me impresionó. Quedé muy impresionada de toda esa búsqueda y análisis profundo que todos ellos y todas ellas han dedicado a lo que llaman ‘mi obra literaria’. Y creo que tengo que repetirme: mi obra literaria, no ha sido otra cosa que mi propia vida. No se podrá nunca separar, créeme. Ellos y ellas, por ende, me devuelven en mi propio país al término literatura, escritora y compromiso. Quedo obviamente muy honrada.

En 2003, le acepté a Alejandra Jaramillo visitar la Universidad Nacional y como siempre estaba en huelga, nunca pude hablar frente a un gran público. Después no volví a Los Andes ni volví a la Javeriana. Las visité sólo una vez. Me sentí muy comprometida con los muchachos y las muchachas a los que me dirijo, porque no encuentro otro público. Me parecieron sobrados, más que abiertos y comprometidos con la vida. Porque son ellos los que nos están enseñando y ese es un mensaje que ojalá todos estuviéramos en la capacidad de oír. Ahora no se habla casi de literatura, para decirte la verdad. Cuando se me pide dar alguna conferencia esperan en el fondo que hable de mi vida, y yo empiezo por lo general, a tratar de explicar algo que conscientemente sé que soy y alrededor de eso hay unos libros. O sea, páginas escritas. No voy a reiterar sobre lo ya dicho pero me parece que la conclusión final sería: ya no tiene importancia, en realidad, si dejo de escribir o si por el contrario sigo llenando

páginas y páginas. Lo que en realidad veo en este momento –percibo– es que el ciclo está completo. Bien sea Albalucía Ángel o bien sea Arathía-Maitreya –en todos sus aspectos de Conciencia– ya no tiene reversa. Y ya está ‘libre’ del compromiso. Regresa a Casa, mejor dicho. Me dediqué a los niños de seis años, cuando viví en Noruega en los años 90s) y vuelve mi vida a ser un compromiso absoluto, con los niños y con la identidad femenina. Siempre me identifiqué con la ‘polaridad femenina’ –muy a pesar de mi androginia como cometido final– porque consideré más que necesario tomar partido abierto por esa lucha tan valiosa. Y tan valiente. Creo en la lucha de la mujer por su identidad, y creo que esta lucha histórica y nunca bien ponderada por el hombre de ahora, le abre una brecha incommensurable a la Nueva Creación. Esa que ahora se está asentando y define sus fueros en silencio. Nos muestra que sus alas son reales. Que su Presencia en Gaia –la Madre Tierra– no es ‘ciencia ficción’. Lo siento. No lo es, repito y más repito. De ahí mi imaginario en mi Trilogía. Esos niños que yo llamo la raza angélica solar, y estas niñas que ahora conforman el ‘aspecto andrógino total’: la raza guerrera, mejor dicho. Guerreras de la Luz. No vienen a acabar así no más, con todo este fluido tan maligno que nos carcome como un cáncer. No. Ellos y Ellas vienen a sanar: cueste lo que cueste.

Muy poca gente sabía, por supuesto, de todo este periplo y yo empiezo a contarlo, de repente, pues siento que es el momento. Aunque los Cuadernos de Arathía Maitreya no estén publicados, percibo que sí hay ya un público joven que no sólo lo va a admitir en sus lecturas sino que va a crear nuevos espacios para explicarlos y explicárselos. Ellos y ellas lo intuyen. O lo saben en el fondo de su Ser. Que viene a conectarse con el de Arathía Maitreya. Es una ‘onda de conciencia’, para decirlo en lenguaje nativo, que ya les pertenece. No me ha molestado para nada que para cierta gente –críticos, más que todo– siga siendo más loca todavía. De allí que de nuevo regrese a hurtadillas el término de ‘desvirolada.’ En mis tres últimos libros, que conforman eso que insisto es una trilogía sobre el lenguaje nuevo de los niños y niñas, propongo una nueva lectura sobre nuestro comportamiento –mal llamado adulto– con esas criaturas nuevas y tan sabias. De que manera estamos maltratando ese su Ser, que en realidad viene a protegernos de la última tara que padecemos los humanos de hoy en día –con raras excepciones– la Ignorancia, con mayúscula. La falta de códigos sobre su comportamiento y sobre su futuro es una falta de conocimiento. O pérdida de memoria, pues en mi percepción, la memoria del ancestro se fugó. O sea, la enterramos con bombos y platillos, en medio a guerras y guerrillas, y no hagamos el recuento. La respuesta a mi querrela en esta patria desgarrada, ha sido transformada –¿alquimizada? por algunos en términos vernáculos, de nuevo. “La desvirolada volvió”, “la hippie”, “la pobre loca.” y pues “ni me quita ni me pone...” como diría mi abuela materna.

Creo en el fondo que siempre seré parte del grupo de los marginados y nunca se me ocurrió que alguien me fuera a hacer un homenaje, no estaba dentro de mi panorama. Lo acepté y la organizadora al final me cuenta que su hermano fue el que le dio mi nombre. Su hermano es un hombre casi de mi edad, profesor de la Universidad del Valle, y él le dijo: “tú tienes que hacerle este homenaje antes de que se termine tu mandato como directora del Instituto para la Mujer”. O sea, añado yo... “antes de que Albalucía Ángel se muera.” Entonces me, sorprendió, realmente, que fuera esta vez un hombre, no una mujer, que hiciera esta propuesta a una organización gubernamental.

YA: ¿Qué piensas de la literatura colombiana reciente?

ALA: A mí me gustan ciertas voces nuevas, Juan Sebastián Gaviria, por ejemplo: un gran poeta sin ninguna duda. De la generación anterior, me ha movido el piso Fernando Vallejo. Es el único escritor colombiano que realmente ha logrado hacerlo: nadie más. El resto está escribiendo historias que son llevadas magníficamente al cine, se ganan premios en Estados Unidos, y se van a ganar todos los premios en Cannes. Son maravillosas, pero es un exacerbamiento y un morbo hacia el dolor que está produciendo Colombia y literariamente me parece que es un gran exhibicionismo: porque ahí falta peso literario. Falta constancia, en el testimonio. Eso está bien para una visión, pero es un remedo grotesco de un verdadero dolor de patria

Estos muchachos nuevos –incluyendo también a Mario Mendoza con *Satanás* que es una maravilla de historia para el cine, que se ganó un premio muy importante– me parece que son personas escribiendo gracias a la transcripción de sus grabadoras. Esa es la impresión que me dan, para ser franca. Y no faltan historias, que pueden ser más que alucinantes. Esto es válido: todo depende de cómo lo estés vendiendo. O publicitando, mejor dicho. Hoy en día quienes publican los libros –que cómo bien decía Carlos Barral no existen editores, sino que hay casas editoriales– sólo están interesados en ese tipo de historias, según parece. Y hay honrosísimas excepciones, por cierto. Pero son editoriales sueltas, digamos: muy pequeñas. O a través del Internet, ahora mismo, lo que me parece una gran oportunidad para sacar ‘basura’ como para transmitir cosas valiosas. Colombia está vendiendo en todos los campos del mundo: cine, teatro, televisión, lo que sea, porque las historias son increíbles. *La cándida Eréndira* es pálido reflejo, entonces ¿quién no va a ir corriendo hacia esa fuente y a vender? Todo está hecho todo con mentalidad de que lo voy a vender para el cine, y eso está bien, hasta donde ellos quieran y hasta donde el mundo quiera ver la imagen colombiana a través de esas películas. A mi parecer, estamos vendiendo el dolor de una manera vergonzosa.

YA: ¿Qué te ha hecho descubrir la escritura sobre ti misma?

ALA: Me ha hecho crecer. Me ha hecho descubrir lo que Soy, en el fondo. Yo escribo *a posteriori* no *a priori*, pues a medida que voy andando el camino –como diría el poeta– se va expandiendo mi conciencia: se produce aquel libro –aquel escrito– y es lo que llamo *a posteriori*. Cuando me leo luego puedo apreciar mi crecimiento allí. Lo leo y lo releo, a través de los años, y tengo un nuevo foco, una nueva visión, pues me voy alejando del momento en que llegó esa ‘infusión’ y entonces la ‘centro.’ La unifíco. Difícil explicarlo, yo lo se. Habrá un lenguaje nuevo y nos podremos entender, ya lo verás. Confío en ello.

Cuando escribí *Las Andariegas* fue cuando las mujeres galácticas empezaron a expandir su conciencia. A traer su mensaje. En un viaje al Perú, le dejé el libro a una mujer que admiro intensamente, y que aún no conozco: que es Raquel Jodorowsky. Yo sabía su dirección y hasta ahí llegué y le metí el libro en el buzón de su casa, ella no estaba. Raquel Jodorowsky siempre que la busqué estaba en otra parte, pero me escribió una carta a mi dirección de Asís con una nota sorprendente: “tu eres una estrella en la tierra”, decía entre otras cosas muy profundas y hermosas. Así que escribiendo esa aventura galáctica, en Londres en los 80s, entré en este periodo de conciencia que conlleva otros

tonos. Incluso literarios, como tú me preguntaste antes. Y si entran otros tonos es porque hay un lenguaje que ya no es integralmente feminista: pues ya es galáctico, digamos. ¿Por qué? pues ahí hay un *kōan*. Allí viene la intervención de lo que llamo la conciencia galáctica en el lenguaje, que es algo así como leer un *kōan*. No lo entiende casi nadie, pero cuando llega esa modulación uno realiza lo indefinible, lo incommensurable, lo inefable y la magia del momento sagrado de esa inspiración, comprende sin comprender, es obvio que eso, es lo que en la escuela Zen, se denomina como un *kōan*. Yo creo que mis tres libros últimos son *kōanes*. Probablemente son muy difíciles para la gente, que va a decir: “hoy me perdí leyendo,” pero es así, es un río que uno vuelve y pasa. O como quien dice: “el río del tiempo”.

Esta trilogía es la última palabra que voy a decir escrita como Albalucía Ángel, no hay ninguna novela desde *Los girasoles en invierno* que no esté conectada, es una conexión coherente dentro de toda mi gran incoherencia, según opiniones variopintas, que me parece Coherente. Paulina Encinales de Sanjinés, me lo dijo hace poco, con cara de sorpresa –creo que se sorprendió a sí misma de su descubrimiento espontáneo e inesperado- “Albalú: tú eres lo más coherente que yo me he encontrado. Tú incoherencia lleva a las más absoluta lucidez.” Mi incoherencia, pues, me ha llevado y traído por terrenos vacíos y me ha hecho pasar por los puentes colgantes más aterradores, lo que yo llamo ese tirarse sin paracaídas, y me aterriza un día en medio a campos de batalla. También hay sonos de victoria. En fin. Que en ese campo abierto y libre de prejuicios y ausente de tabúes, hay quizá lo que algunos llamarían una realización: que para nada es de poder literario, sino más bien una realización de fuente libertaria. Y entonces puedo regresar, sin nada más que eso, en mi mochila. Y puedo dar y convidar. Porque sé que esa nueva creación, que abunda y que pulula con sus alas abiertas por esas calles colombianas, son esos seres que la historia escondida y olvidada, espera desde el Siempre. Y ahora puedo celebrar. Por eso mi regreso.

YA: ¿Estás diciéndome que no vas a escribir más?

ALA: No, ya escribí, ahora hablo mucho, ¿ves? Es que mi programa fue ese, de alguna manera. O cantar hasta que me doliera la garganta. O hablar. O silenciarme por tiempo indefinido. No ha sido fácil, te aseguro. Seguir con ese ritmo donde el que ordena es un imponderable.

YA: Si tú pensaras en esa evolución tuya como escritora, ¿qué crees que dejaste en el pasado que ya no se encuentra ahora. O, ¿qué cosas nuevas aparecen en esta última parte de la obra además de tu entrada a ese nuevo periodo de conciencia?

ALA: La esperanza. Factor enigmático y profundo. Después de veinte años de silencio, de haber escrito los cuadernos de Arathía Maitreya, llegó ese casi imposible al que llamamos Esperanza. Es absoluta, convincente, no hay ninguna sombra de duda de que este país sale adelante y que la esperanza está ya sembrada. De esto se tratan mis tres últimos libros. Como no hay códigos apropiados todavía, esa es mi impresión, para leer esa parte de los niños angélicos, no creen entonces los editores que eso, se venda. Sobre todo si en este país se está vendiendo a cambio el delirio del poder, del horror y del morbo, ¿qué van a vender esto que yo estoy proponiendo? Insisto en que hay un mercado extraordinario donde se ofrece toda esta distorsión de los valores, ¡qué lástima! No estoy diciendo que los autores tienen o no razón, pero es triste que de Colombia se esté vendiendo prácticamente sólo esa parte morbosa y dolorosa, mal leída y yo en cambio esté produciendo una especie de locurita que se llama Esperanza, con mayúscula. Y a lo mejor el tiempo lo dirá, de qué lado del espejo estamos por ahora.

YA: Ya para cerrar, porque tenemos que cerrar, ¿hacia dónde te lleva tu próximo destino?

ALA: Elena Poniatowska siempre quiere saber: “¿y ahora, para dónde vas Albalú? y yo le respondo: “no sé, lo que diga el viento,” y ella siempre medio inquieta: “¿y no puedes hablar con el viento?” y yo: “no, pues Elena, yo ya hablé, ya me dijo.” Entonces en mi última novela de *las mariposas*, en la última frase, es aquel hombre el que pregunta, igual que Poniatowska: “y ¿se puede saber para dónde va?” y Arathía le responde: “pues para donde el viento diga, ¿no será?”

Post scriptum: Albalucía Ángel después de su estadía en Barichara, Santander, pasó un periodo en Salento, Quindío, y en 2008 salió de nuevo y al parecer definitivamente del país. Desde ese momento ha seguido su camino, pasando temporadas en la India -de nuevo en Auroville-, en Nepal, en Inglaterra, en el norte de California y en Guatemala. En enero de 2012 Albalucía Ángel reiteró lo que compartió con nosotros en esa tarde en las colinas de Barichara. Son diez años de conversación los que se consignan en esta entrevista que, según palabras de la escritora, es la última que piensa dar.

Notas

¹ Esta entrevista no hubiera podido realizarse sin el apoyo de Camilo Trujillo Pavía a quien agradezco su compañía siempre.

² En la transcripción de esta entrevista he intentado ser fiel a la grabación y mantener el estilo oral que caracteriza la escritura de la autora. Agradezco a Albalucía Ángel quien se encargó de realizar una edición del documento durante el mes de enero de 2012. Debido a esta transición: de transcripción académica a un texto literario firmado por la escritora, los editores de la *Revista de Estudios Colombianos* hemos respetado el uso particular que Albalucía Ángel hace de las mayúsculas y su puntuación característica.

³ A pesar de que la regla de titulación en español indica que la palabra “andariegas” no debería escribirse en con mayúscula inicial. Albalucía Ángel nos refirió cómo Carlos Barral su editor, se encargó de defender el título, escrito de esta manera, frente a los editores de casa editorial Argos-Vergara que publicó esta obra en 1984.

⁴ Según el diccionario Merriam Webster un *kōan* es una paradoja propuesta en los ejercicios de meditación, utilizada en el entrenamiento de los monjes budistas Zen para abandonar su dependencia de la razón y obligarlos a usar la intuición.

⁵ De esta trilogía la única obra que se ha publicado es *Tierra de nadie* gracias a una edición especial realizada en Bogotá en 2002. Las otras dos novelas permanecen inéditas.